

Génesis

Efraín Trava

Colección La primera piedra

tabique

Génesis

Génesis

Efraín Trava

Colección La primera piedra

A Isadora,
nuestros ojos
que viven mirándose

Ilustración de portada: Ricardo Alonso
Diseño: Cristóbal Sánchez
Edición: Carlos Francisco Gallardo Sánchez
Formación: J. Gerardo Ochoa F.

© Tabique. Revista para la obra,
la zozobra y los colados, 2005
Hecho e impreso en Cuernavaca,
Morelos, México

Inéditamente observa lo esencial.
La luna con dos céfiros de lumbre.
Ojalá sea algo grande, algo mortal. Escribe.

María Baranda

I

Surge la palabra y divide al Ser.
Los dos tajos andan: divergen y convergen.

El cuerpo y el sentido.

¿Es posible navegar el mundo cuando en astrolabio
se erige el silencio?

El sonido no asume forma volando a la deriva.

Todo es movimiento en su estado natural.

El Ser natural

I

La oscuridad se cierne entre medusas de humo que ascienden
con el viento lunar. Impregnado de carbón, el Ser
inicia su partida. Orina, extingue el fuego.

Recorre desnudo su reino empapado por gladiolos. Sus miembros
se asemejan al estoque rojo que lacera el suelo húmedo. Vaticinio,
libertad lisonjera. Cínica oropéndola da la espalda al sur.

El Ser se dice grande entre la lluvia. Nadie pernocta en este reino:
sonidos silvestres promueven actividad que permanece. Un aroma
vegetal corteja el aire y se le unen efluvios sin origen.

Hay un canto de pupilas. En cada tono, en cada dilación se esconde

el tiempo. Como témpano, el fulgor se derrite en silencio. El Ser es mimético,
acecha asido a la madera. Desvanece el miedo.

Distingue un animal rastrero. Fruto anónimo, carne, sangre y aliento conjuran,
mas su plegaria es desoída. El Ser concluye el ciclo y su sombra mira de frente
la superficie ígnea del firmamento. Saciado,
ahora el Ser es un durmiente.

2

Estruendo solar. El suelo acoge con tibieza maternal el aliento acompasado.
El bulto humano se recoge. Un fino hilo de luz arremete el cuerpo aún lacio.

Afuera, las aves saborean el día, merodean el esparto.
Trinan, anidan, son fértiles. Se aparean.

El Ser toma conciencia. Su mirada irrumpe el mundo.
Se acaricia el abdomen. Con harta sutileza desliza su mano, evade el pene rígido, elige los testículos. Moluscos de concha blanda.
El juego perdura. Las aves, en cópula, no saben lo que hacen. Él sí. Eyacula.

No extraña el mar, lo nombra en cualquier líquido. Enjuaga su sudor de cobre.

Recupera los tonos verdes de su entorno. Alista sus sentidos y deglute un huevo.
Escribe con un ápice en la tierra.
Describe, se concentra en sus pies helados. Imagina que les frota para recuperar
el movimiento. Renuncia a la atrofia de árbol seco. Vuelve al mar.

Cuando escala y se postra entre las rocas, inspira el olor oceánico de la pradera. Las nubes se funden en prismas de cristal.
En la atmósfera resuenan agudísimos los tonos de estación. El Ser caza crisálidas sólo para observar su lengua espiral.
Las devuelve, certero: sus recuerdos son evanescentes.
Ensueña.

3

Baja al agua circulante. Él es agua fundada. Se absorbe a sí mismo y la corriente
le tiñe la piel de matices brillantes.
Sus miembros se distienden. El caudal conduce el tronco hasta el remanso.
Un cardumen se dispersa. Pierde su forma.
La recupera en un instante.

El Ser se ofrece al sol. Es acogido.
Un nubarrón de zumbidos invade el coro diurno con su parsimonia.

Insectos aglutinados amenazan. Se vencen ante el zumo que emana de los poros.
Sorben el sudor diáfano, néctar vital de sedimento rosáceo.
Embisten la tersa superficie y su saeta da en el blanco. Encogido en dolor,
el Ser tiembla en un cirro.

Duerme. El sueño es un antídoto perenne.
Vierte su oxígeno en la frágil melodía del viento cardinal. Y lo roba.
Entonces su estertor entra en guerra con el tiempo. Lo somete
a un compás profundo. Al ritmo primigenio del fruto y su incomprensible devenir
en alimento.
Frota sus ojos, dispersando el rescoldo.
La víbora muda sacia el hambre en su lamento.

4

Es tarde. El canto de las hienas, prematuro.
Hay un murmullo belicoso que entumece los líquidos. Estupor. Celosía.
Abrazo deletéreo absorbiendo las esencias. Colectando flores adustas,
flores pétreas, flores cenicientas.

Los fresnos gigantes se contemplan. Rama a rama amenazante. Hedor orgánico.

Recupera los tonos verdes de su entorno. Alista sus sentidos y deglute un huevo.
Escribe con un ápice en la tierra.
Describe, se concentra en sus pies helados. Imagina que les frota para recuperar
el movimiento. Renuncia a la atrofia de árbol seco. Vuelve al mar.

Cuando escala y se postra entre las rocas, inspira el olor oceánico de la pradera. Las nubes se funden en prismas de cristal.
En la atmósfera resuenan agudísimos los tonos de estación. El Ser caza crisálidas sólo para observar su lengua espiral.
Las devuelve, certero: sus recuerdos son evanescentes.
Ensueña.

3

Baja al agua circulante. Él es agua fundada. Se absorbe a sí mismo y la corriente
le tiñe la piel de matices brillantes.
Sus miembros se distienden. El caudal conduce el tronco hasta el remanso.
Un cardumen se dispersa. Pierde su forma.
La recupera en un instante.

El Ser se ofrece al sol. Es acogido.
Un nubarrón de zumbidos invade el coro diurno con su parsimonia.

Insectos aglutinados amenazan. Se vencen ante el zumo que emana de los poros.
Sorben el sudor diáfano, néctar vital de sedimento rosáceo.
Embisten la tersa superficie y su saeta da en el blanco. Encogido en dolor,
el Ser tiembla en un cirro.

Duerme. El sueño es un antídoto perenne.
Vierte su oxígeno en la frágil melodía del viento cardinal. Y lo roba.
Entonces su estertor entra en guerra con el tiempo. Lo somete
a un compás profundo. Al ritmo primigenio del fruto y su incomprensible devenir
en alimento.
Frota sus ojos, dispersando el rescoldo.
La víbora muda sacia el hambre en su lamento.

4

Es tarde. El canto de las hienas, prematuro.
Hay un murmullo belicoso que entumece los líquidos. Estupor. Celosía.
Abrazo deletéreo absorbiendo las esencias. Colectando flores adustas,
flores pétreas, flores cenicientas.

Los fresnos gigantes se contemplan. Rama a rama amenazante. Hedor orgánico.

Semen y sangre en divergencia, en antagonismo, en
tumulto hambriento. Estampida.
En la boca del fuego.
El Ser y los fresnos se contemplan admirados.

Devuelto a la percepción, herbal el Ser se busca.
El tigre nace de la tierra. Brote de calina. Empalaga sus
fauces con plasma ovejuno.
Y el tufo se enturbia. Linfático. Afanoso,
mastica un pedazo de su lengua.
Se revuelca en la osamenta. Mamífero. Hacinado en
celda de plata. No sabe por qué.
Mas se alimenta.

El Ser sabe de desafíos. Y evoca a los corsarios,
y su corazón se estremece en ácido recuerdo de su
olvido.
El mar. Su abandono. El mar cautivo.

II

Los órganos están en contubernio.

Conspiran. Evocan su sensibilidad.

Inyectan su instancia voluptuosa.

El mundo, a través del cuerpo, es sustancia asequible.

¡Maleable espacio del cortejo digital!

El Ser orgánico

I

Veo. Contornos de azufre. Atrincherado, emano del vacío
y me sé dispuesto.
Ahuyento las voces que solían saciarme en locura. Son los
tonos volátiles,
abigarrándose, copulando.
El verdor me sacia —es cierto— pero me impide.
Impone su barrera cromática. Difunde sus visos sumiendo
al testigo
en ebriedad de tumba.

Mi ojo es todos los destinos. Hiela figuras en tránsitos in-
temporales.
Mi ojo es anhelante. Arranca del fuego su luz y la convierte
en alimento.
Viola el limen que lo aísla de la muerte. Mi ojo es inmar-
cesible. Surge del caos en la memoria. Entona el canto
de un mochuelo, retando su mirada. Mi ojo ve
y habla del asombro.

El Ser se dispersa. Es sólo perceptor. Nada y vuela en soliloquios. Caza imágenes que sutura al cuerpo. Blande agujas. Danza con ellas. Se penetra. Rasga sus pezones. Se empapa de líquido escarlata.

El agua fría, caudalosa, le observa. El viento silba entre las hojas.
Humedece. Cielo, cama de materia filiforme. Respira.
Él. Verde. Mira.
El verde prevalece.

2

Me oí llorar bajo el fango. Trinos y campanas asistían mi
fe. Hacían más cándido mi desespero. Oí tu nombre
pasar entre mis piernas. Cruzar los polos de mi cuerpo.
Tendiste una trampa en semitonos. Tu melodía endiosó
los lamentos
pasados por tu vientre.
Oigo de lleno tus entrañas. Clamo la asfixia inmediata
para amenazar tu ausencia.
No silencies.

Las ramas forman liras tensadas con tu viento. El compás
me sume en sopor.
¡Cuándo habrá de llegar mi momento! ¡Mi hora de
escándalo!
Vuelvo hipnotizado al péndulo arrítmico.

Mis órganos percuten sincopados. Un timbal me alcanza las sienes.
Antes de estallar, mi rostro retoma el silencio. Zambullo mi oído en el lodo.
Doy la despedida al desencanto.

Una gota de estrella mercurial avanza hacia el abismo. El sol lo seca todo. Las grietas cunden el suelo terrestre. El Ser omnívoro destaza el movimiento.
El mundo es síntesis de sentidos extraviados: buscan un refugio
donde el tiempo no los vuelva permanentes.

3

¡Cómo nombro tu presencia!
¿Me abrazo al ensueño? ¿Y qué si tu sudor carcome mis etapas?
He aguzado mis sentidos, tu olor cáustico derruye el puente del origen.
Percibo los aceites germinales. La ciruela
que hierve en tu silueta geográfica. Soy un pólipo en tu seno fluorescente. Advenedizo.
Lácteo.
Genital.

De aroma suave, tus axilas de grava invaden el estero: lotos penetrando el mundo eólico.
Fragancia esfumada en la vertiente.
Te transformas en esponja de olores. Tus rostros

son los de la orquídea. Los del jazmín oculto en la palabra.
Te poseo sin poseerte.

El Ser retumba entre corolas. Explora dunas humeantes. Ilumina las entrañas de la orca con sus manos. Vence y es parido. Yerto, en la arena, la brisa oceánica irrumpe en su boca. Juega. Lengüetea. Paladea.
El Ser cava tumbas. Rinde culto a los peces que han muerto en la batalla.
Hiede.
El Ser inspira el aire. Erógeno. Aún.

4

Sí, eres frágil. La lluvia te pone en evidencia.
Te sometes a la guerra con el óxido. Y la pierdes. Mineral oculto.
Haré un ritual de yemas para devolverte el destello.

Labro en tu espalda que es roca de arcilla. Concavidad abrupta donde nada es fértil.
Trabajo con el tiempo. Repto desesperado hacia el ducto.
No pretendo despertarte. Prefiero caminar por tu sueño. Ónice profundo.

La veta ósea concluye en tu saliente. Hundo mi cuerpo. Tus ancas, como el risco, son un receptáculo. Su fondo, mi probeta traslúcida.
Acaricio los peldaños.

Las hiedras, que encumbran tus manos, me abarcan. Absorben delicadamente
lo que se derrama. Sé frotar mi cuello. Tu superficie es precipicio.
Enséñame a ser pigmento. A ser herida. A coagular.

Acallado, el Ser se lava. Redime. Asume el ardor.
No huye, sino se asienta. Medita. No sonríe, sino recuerda.
Algo lo invade: los pies deleitados en la danza de la unción.
Gimen y balan dos carneros que se vuelven vulnerables.
Profusión.
Vuelve a ser folículo. A ser sutura.
Profusión.

5

Lamo la tierra. Cultivo en silencio larvas en mi boca. Palatables gérmenes. Agridulces. Frutales.
Lamo la mar. Trago su plancton. Ablando mi cuerpo en la salina. Flotante,
me inmiscuyo en la intimidad filamentosa del sargazo.
Lamo el fuego. Ensalivo la flama en un acto de fe. Degusto lo quemante.

Insípido caudal carbonizante.Quédate con mi lengua.
Encláustrala en tu infierno minimal, plagado de formas sin nombre. Irreductible. Sábeme.

Cuando tu fulgor roce mis labios comenzaré el llanto. Luego el esputo.
El coro papilar conductor del espasmo. Médula del vómito. Tu génesis.

Sábeme.
Yo te sé.

El Ser yace desnudo sobre arcilla. Encoge su figura escaldada.
Recuerda y saliva. Se acicala los miembros. Las reminiscencias son látigos. El Ser mastica sus dedos. Come cuanto puede. Se sabe. Se gusta.
Está solo. Desdeña la oquedad del cielo.
Ríe.

III

Lo que sucede al acto animal: el acto espiritual.
Intangible volumen de lo etéreo. *Hacinado*
en un espacio recóndito.

Entes transparentes. *Salen y entran.* *Salen y entran.*
Salen y entran. *Salen...*
entran...
Cercenando la mente.

Hilos de mercurio que mueven al cuerpo.

Hondos deseos
de la existencia.

El Ser espiritual

I

Vuelo

Alzas tus cimientos a la espesura de un abismo superior. Entronas tus huestes para asegurarte un templo. El raudal de aves acaricia tu lienzo ventral. Este instante, este pávido instante contiene tu cuerpo en su bitácora. Colección pueril del tiempo. Te convierte en muñeco. Desvariado. Animado de raíz.

Lubricas tus ojos y dejas que la lluvia te olisquee. ¡Trágale y erúctale!
Rezas la oración monosilábica. Yo: un sí, un no.
Creador de anversos, criatura ignota suspirada del barro. ¡Vuela..., tus alas sustituyen costillas! Embastan tu nombre con habilidad morbosa.
Mas tus alas son de ave. No se cortan en páginas. No cosechan mies en un lapso de concepciones milagrosas. Se baten con fuerza y cazan y predominan el espacio, lo dividen. Son estratosféricas. Apéndices del trueno.
No son contemplativas.

Donde la vida es un graznido tangencial del canto, el Ser se ahuyenta conmovido. Se libra del temor abyecto al sueño. Risco y morada son lo mismo.
Se percata de su sino en pleno vuelo.

2

Sueño

Al interior de las piedras. Embalado hasta la sequía del ojo. Existe un goteo
que trasmina membranas. La idea del agua como cendal, las ortigas fornicando el aire, haciéndote testigo ausente.
No imagines el llanto. Siente, aun mejor, el relieve respirándote. Maniatándote a su curvatura. Ciñendo tus dedos a tus dedos, dándoles voluntad para que no se desprendan y se imaginen lejos de tus manos.
Escuchas la vibración de la superficie, los pasos de una alondra desalada. Conjuras desde la soledad para que una voz recale tu silencio.
Y todo el vuelo sigiloso engendre un grito.
Y que tu sueño resuma el instante de la mañana oscura, la noche fulgurante, la noche insecticida.
Soñar no es volar, sino anclarte en el interior de un nido de sierpes. Un cautiverio.

El mundo es transparente. El Ser, frágil vástago punzado por las garras de un felino.
Asciende.

3

Paraíso

Ligeramente recuerda tu tiempo. Tan sólo tiempo. Tic..., tac.
Emprendiste tu asechanza para estar en deuda. ¿Quema mi voz?
Te atrae el mar. Quisieras beberle, dejarte seducir por su bruma iridiscente. Pero eres una costra de hielo, no resistes la silueta de mi brasa.
Te atrae la miel. Mi espalda es el señuelo donde tu frente sangra.
Ligeramente recuerda tu tiempo. Tan sólo tiempo. Tic..., tac.
Te atrae el vinagre. Los cofres rotos por sus brillos. La tentación esclava en tus arterias.
"Un cardumen inmóvil resarce la voluntad del suicida. El piélago se declara desierto. La espina siempre hiende el paladar. Amén."
Ligeramente recuerda tu tiempo. Tan sólo tiempo. Tic..., tac.
Te atraen mis lamentos. Encarecen la carne con un rezo. Los árboles se rinden, escupen su fruto como lastre de símbolos.
Ya hunde tus huesos en el lodo. Nunca hubo pastizal.
Tan sólo tiempo.

El Ser resuella. Nace en lo más oscuro de una cueva. Aprende la paciencia del desencanto. Croa. Grazna. Ladra como humano. Se baña en sábila. Se mantiene en vilo.

4

Culto

Yo he venido en tu nombre. Soy la muesca invisible donde tus sentidos se acunan. Adormezco con la música de mi aliento.
Mis labios despiden el bálsamo del fuego. Profiero silencio. No pertenezco.
Grabo tu figura en los manglares. En la profundidad del miasma que despide una estación de fe.
Quiero tu cuerpo atado al lirio, rebosando luz. Hipnotizado por el perfume que asciende de la sangre decantada.
Guarda el poso. Somete tus deseos a la abstracción, al núcleo germinal del miedo. El nubarrón de moscas lleva en su interior las razones primigenias: el tallo del manzano inculpado.
Toma una gubia y talla una imagen sonora, permanente.
Vuelve a ti, siente cómo te abandono. Pierdes el peso que te daba forma.
El humus en el que asumías tu estado. Un sólo pez llora tu ausencia. Te ha dejado. Tu naturaleza.
Todavía.

La balsa lleva al náufrago a un remanso. Le impone la vida sin escrutar una vez en la voluntad decadente del vencido. Choca con la orilla y el sonido adquiere un ritmo interminable. El Ser no quiere ser el mismo. Traga el estiércol de las vacas. La liturgia es el gorjeo de los pájaros que se arrebatan un gusano. El Ser defeca. Concluye su ablución.

IV

Abstracción...

Juicio...

Esencia...

Comprensión...

Inteligencia...

La tarde en que todos se miran a los ojos a pesar de estar desnudos.
La noche en que los sentidos son anestesiados por el gélido esmero del suicida.

Pregunta.
Respuesta.

Duda.
Permanencia.

El Ser racional

I

Señala un suspiro que dé nombre a tu rostro.
—Lo reconozco entre fósiles de malvas
Que erosione tus labios.
—Me perturba su sombra escarlata.
Que encarne la sequedad del papel y lo consuma en su angustia.
—Fijo tinta y la distancio del olvido.
Que sea tu sed.
—Un corto alivio en el espanto.
Porque tu sed es de lloro, es de asfixia.
—No hay canto más osado.
No redime su momento en la humedad.
—Entrega el cuerpo a su agonía.
Crece, anega.
—Tu memoria: líquido vital del abandono.
Es sed de lava.
—Lamo la piel que se derrite.
Tu sed opaca cualquier tejido, es sólida.
—Estallo en el silencio.
Busca el polvo y lo manduca.

2

Desciende en las entrañas.
—No padezco el dolor de la mirada.
Tu sombra es la musa ninfómana del topo.
—Yazco en una cuna de pecíolos incandescentes.
Tu cuerpo es el aire febril dejado al viento.
—Mutismo enfermo.
Aquí nadie espera.
—La tónica profunda, la herejía.
Fingir es un desánimo.
—Se vale.
La vigilia forzada a ocultarse de la luz.
—Diáfana seda cubre el pubis de una virgen.
Un halo de tiniebla se esparce.
—Extingue tu deseo en las excreciones.
Las sombras enmudecen el cortejo del murciélago.
—Soy la huella que tu torso va dejando.
Eres el muro recalado por el fino vaho de la penumbra.

3

Entre pétalos no encuentro tu carne.
—Sorbe callado la hiel de tu tundra.
Mi cuerpo se adhiere al espasmo.
—Y clama justicia infundada.
Al calambre inaudito del vacío.
—En líquenes que son espejo.
Las flores invernales me hielan.
—De huesos rotos que penetran las rocas.

El tímpano me conduce hacia la sangre.
—Que el semen vertido congela
Blanco sobre blanco.
—Aléjame con tu tacto de la magnificencia.
Lácteo no me concibo.
—Yo desuello el hambre.
Arrójame tu lazo.
—Me dejo devorar por el olvido.
Ízame, soy sólo pendón de seda enmarañada.
—Aclamo la vida y la muerte en tu nombre.
Sólo palabra alojada en la trascendencia del recuerdo.

En un espacio de
dolor, de locura y de alegría,
el lecho de la angustia
reclama su honda pertenencia,
y ahí permanecemos.

Índice

I 9
El Ser natural 10

II 15
El Ser orgánico 16

III 22
El Ser espiritual 23

IV 27
El Ser racional 28

Con un tiraje de 500 ejemplares más sobrantes para reposición
y con el benevolente auspicio del programa Edmundo Valadés,
Génesis se terminó de imprimir en el mes de abril del año 2005
en los modestos talleres de Viacón Impresores,
calle Felipe Carrillo Puerto no. 106, colonia Carolina,
en Cuernavaca, Morelos, México.

En el principio del mundo fue el verbo... Y en el principio de la obra, **La primera piedra**: una apuesta editorial de *Tabique*, revista morelense de literatura y periodismo, por la publicación de escritores jóvenes de esta y otras tierras. Una colección para voces emergentes en el ámbito de la crónica, el cuento, el ensayo, la poesía, el teatro y el colado.